

Resignificar la escuela como escenario de participación

JUANA FERREYRO
CLARA INÉS STRAMIELLO
Universidad Católica Argentina, Argentina

La escuela es, claramente, una encrucijada sensible de las problemáticas que perturban a la sociedad contemporánea. Por lo tanto, para comprender la institución educativa resulta necesario considerar las relaciones entre escuela y sociedad, una lectura de los contextos, de las condiciones de la época, es decir, la lectura de los “signos de los tiempos”. En este sentido, se asume que el análisis de las problemáticas de las instituciones educativas, debe estar orientado por una actitud abierta, dialógica y crítica, atentos al vínculo que se establece y a la interacción dinámica entre la escuela y la sociedad. Por lo tanto, necesitamos superar un modo de pensar la escuela como ámbito cerrado, clausurado o excluido del contexto. Necesitamos comprender, profundamente, lo que está pasando y asumir decididamente la responsabilidad de incidir en la práctica.

Numerosas investigaciones y la experiencia cotidiana indican que las transformaciones promovidas desde fuera y desde arriba de las instituciones educativas no logran, generalmente, modificaciones sustantivas. Lo que acontece en el interior de cada escuela parece tener una escasa relación con las decisiones de especialistas y planificadores. Depende mucho más de la vida de la escuela: expectativas, concepciones, decisiones y prácticas de los diferentes actores de la institución y de su comunidad. En consecuencia, es necesario promover cambios desde las propias escuelas y de su comunidad de pertenencia. El desafío, en alguna medida, es transformar a la escuela en una institución autónoma, flexible, democrática, conectada con el entorno cercano y el mundo. Para ello es conveniente transformar la cultura de las escuelas convirtiéndola en un eficaz escenario de participación.

El cambio de la cultura en las escuelas plantea el reconocimiento de contar con un marco organizativo y normativo que efectivamente facilite la colaboración entre los miembros de la comunidad y la conexión con otras instituciones e instancias de aprendizaje. Ya que, si bien la escuela no es el único ámbito de aprendizaje es aquel que sostiene una intencionalidad pedagógica respecto de la participación como contenido y estrategia de aprendizaje.

A continuación se describirán dos dimensiones que sinérgicamente contribuyen al cambio de la cultura de la escuela convirtiéndola en un escenario de participación: el fortalecimiento de los equipos docentes y el desarrollo de comunidades de aprendizaje y participación entre docentes, alumnos y familias.

El fortalecimiento de los equipos docentes

Para lograr una modificación en la cultura de las escuelas, tal como explicita el Proyecto Regional Educativo para América Latina y el Caribe (PREALC 2002-2017), se requiere considerar, como aspecto relevante, “el fortalecimiento de colectivos de docentes, articulados en el desarrollo de proyectos educativos y/o en torno a espacios de formación y de revisión de su práctica educativa”. Es decir, resulta necesario quebrar el aislamiento de la tarea del docente y del directivo, y promover una tarea comprometida de los actores mencionados asumiendo un liderazgo colaborativo para superar un trabajo preponderantemente solitario. Las pautas de comportamiento profesional docente tienen que ver, muchas veces, más con las tradiciones y contextos de desarrollo de su profesión que con los contenidos y métodos de la formación inicial y/o permanente. Las destrezas profesionales de los docentes son respuestas, en general originales, pero inevitablemente influidas por los contextos institucionales. Es decir, que el desempeño de los profesores está importante-mente ligado al contexto de trabajo en el que lo ejerce; el trabajo exclusivamente individual se presenta como un obstáculo para un fructífero desarrollo profesional, impide la interrelación docente y restringe la posibilidad de crear una experiencia de perfeccionamiento compartida. Sería un error considerar la acción docente como una respuesta pasiva a las exigencias de la institución escolar, dado que estas organizaciones contienen importantes espacios de decisión y autonomía que permiten el desarrollo de nuevas competencias profesionales a la vez que inciden en la creación de diferencias cualitativas en el clima o cultura institucional.

La cultura escolar se caracteriza por la forma de manifestar los valores, las creencias, los prejuicios, la conducta, entre otros aspectos, en la vida escolar. Generalmente, se la considera como el clima o visión que la institución educativa tiene de sí misma y de su entorno. Una cultura escolar que sostenga como eje central la participación supone reconocer la condición comunitaria y relacional del hombre. La dimensión relacional del ser humano debe ser desplegada y vivida para contribuir a la configuración de su propia identidad. En este sentido, generar un clima participativo implica, desde los docentes y directivos, desarrollar relaciones entre los adultos que les permitan compartir sentimientos, emociones, pensamientos, hablar de su experiencia profesional, observarse unos a otros en la práctica, trabajar juntos en la planificación, evaluación e investigación de la enseñanza y el aprendizaje. Este trabajo entre los docentes, no supone negar la necesidad de libertad y autonomía de los mismos para crear en sus clases espacios de participación junto con sus alumnos y atendiendo a circunstancias concretas. Finalmente, la enseñanza y el aprendizaje siguen siendo una cuestión individual y personal. La vida de la clase le exige al docente la capacidad de improvisar en respuesta a las necesidades inmediatas de los alumnos. Que los docentes trabajen juntos como colegas resulta una experiencia necesaria e importante en las instituciones educativas, al mismo tiempo es necesario respetar y aceptar la autonomía del docente para crear una clase que tenga sentido para él y para sus alumnos.

El fortalecimiento de los equipos docentes no se desenvuelve de modo aislado al desarrollo de comunidades de aprendizaje y participación con los alumnos, con las familias, con la comunidad educativa en general. Podríamos caracterizar a los docentes/directivos participativos como aquellos que se muestran entusiastas, con importante capacidad de escucha, que comparten objetivos, flexibles y con actitud dialógica, revisores de sus opiniones y decisiones, responsables por el éxito y por el fracaso, respetuosos de los otros porque consideran que todo el mundo tiene algo que ofrecer. Paradójicamente estas características se viven y construyen con los otros. Dichos docentes/directivos promueven canales, experiencias, tareas, niveles de responsabilidad, y crean un clima propicio y armónico para el desarrollo de las emociones y las relacio-

nes interpersonales que favorecen el aprendizaje. Este clima es la base de toda actividad participativa en la institución escolar¹.

Otra dimensión, que contribuye a la construcción de la escuela como un escenario de participación, es el desarrollo de comunidades de aprendizaje y de participación entre docentes, alumnos y familias. No es posible constituir una auténtica interacción enriquecedora si no media una adecuación de las estructuras institucionales al cambio cultural requerido, acorde a la nueva sensibilidad social. De modo que, es vital que el conjunto de las expresiones de la vida escolar trasciendan las relaciones meramente funcionales, administrativas y burocráticas estableciendo así una verdadera comunicación humana y encuentro solidario. El desafío, en este sentido, supone resignificar lugares o espacios físicos, roles, funciones, actividades, repensar la práctica, detener la mirada en lo cotidiano de la escuela. Se describen, seguidamente, una serie de propuestas a modo de ejemplos posibles:

- Un nuevo espacio: el patio de la escuela y el recreo.
- El comedor escolar: un lugar de encuentro.
- Los espacios libres: el encuentro social.

Un nuevo espacio: el patio de la escuela y el recreo

La experiencia actual muestra que muchas veces el patio y el recreo son espacios de violencia, desencuentro, diferencias. Espacios donde se manifiesta lo bueno y lo malo de la comunidad. Transformar estos patios en ámbitos de participación, en espacios de aprendizaje donde se distribuyen las responsabilidades y donde se forman sentimientos de colaboración, es un desafío contemporáneo realizable aunque arduo. Los aportes de diversas investigaciones sobre el tema confirman que el juego: mejora la comunicación, fortalece los vínculos, genera la participación, distribuye el poder de decisión, permite vivenciar la importancia de la organización, eleva la autoestima, favorece la creatividad, genera autonomía. En este sentido, la experiencia de crear en el patio espacios lúdicos con intencionalidad pedagógica, es decir, la formación intencional en valores como solidaridad, respeto, compromiso, coherencia, favorece el encuentro con uno, con los otros, con el juego, la cultura, la imaginación, la alegría y la creatividad, prescindiendo de la edad de los que participan. Tanto docentes como alumnos asumen diversas responsabilidades en la creación de un patio diferente, en el que periódicamente se instalan diversas propuestas de juegos, con participación ocasional de las familias. Jugadores y animadores son roles intercambiables. Por ejemplo, que alumnos y docentes de distintos años, del mismo Ciclo, pinten juegos en el piso del patio de la escuela invitando a jugar; que los alumnos de los Ciclos Superiores recuperen, conjuntamente con familiares y docentes, juegos tradicionales y los transmitan a los más pequeños; que alumnos y docentes procuren y dispongan de distintos objetos que alienten a la actividad

¹ Resulta interesante acercarse a la experiencia de las Escuelas Fe y Alegría, obra del jesuita José María Vélaz, iniciada en Venezuela y que luego se extendió a varios países de Latinoamérica. La misma tenía como finalidad la de ampliar la cobertura escolar en sectores desfavorecidos. El equipo docente fue considerado uno de los factores más importantes del proyecto: los maestros son seleccionados en base a cualidades personales más que a aspectos técnicos específicos. Se buscaba crear una comunidad docente fuerte, equipos profesionales colaborativos y sensibles a las necesidades y particularidades contextuales. Una evaluación realizada en 1999 analizó la experiencia en ocho países y destacó que uno de los elementos que permitió la retención del alumnado fue el clima institucional garantizado por la impronta del equipo docente.

lúdica cotidianamente en los recreos (elásticos, sogas, pelotas, tizas de colores, juegos de mesa, instrumentos musicales simples, etc.); que se organicen periódicamente encuentros de juegos con la participación de miembros de la familia. En síntesis, un espacio como el patio de la escuela se arma como un escenario de invitación al encuentro entre: alumnos de diferentes años, con algunos miembros de la comunidad, algunas familias y los docentes.

El comedor escolar: un lugar de encuentro

Muchos docentes consideran que en la institución educativa no debería existir el comedor escolar. Sin embargo, el comedor existe, cumple una clara función social y puede ser considerado como un espacio de reunión significativo. Las escuelas que recuperan su misión pedagógica convierten a ese lugar en una instancia fuertemente educativa. Deben trascender el sentido asistencialista y otorgarle un significado pedagógico, lo que no implica no reconocer las necesidades socio-económicas de los alumnos, sino considerar que el encuentro en el comedor no constituye un lugar vacío de intencionalidad, neutro, privado de aprendizaje, sino que aquel que acude al comedor no pierde su condición de alumno.

El comedor constituye un tiempo y un espacio en el cual los alumnos, principales destinatarios de lo que ocurre en la escuela, incorporan a su subjetividad pautas para pensar y actuar. Es un espacio para compartir charlas, para encontrarse con auxiliares, con maestros, donde los directivos también están presentes, donde se almuerza y se conversa sobre diferentes temas. La palabra circula en la mesa, se expresan modelos de acción y pensamiento, materiales con los cuales se construyen estilos de vida. Se orientan modos de comportarse, gustos, se comparten apreciaciones sobre la comida, el deporte, el juego, las clases, la tele, el mundo. Tal vez, resulte necesario organizar nuevos horarios para privilegiar la cración de un clima armónico; distribuir funciones indistinta y alternadamente entre docentes, alumnos y auxiliares para servir, repartir, ordenar, limpiar, comunicar el menú, etc.; diseñar el espacio de una manera diferente para que permita la constitución de grupos de niños junto con un adulto que comparte con ellos la mesa.

Como destaca el informe de Caillods, F. y Poisson, M., varias son las estrategias a gran escala vinculadas a la acción educativa y a la superación de las situaciones de pobreza. Se promueve un importantísimo número de programas de diferente índole y, sin embargo, en ningún caso se destacan los cambios requeridos en las propias instituciones educativas para, no sólo, incorporar a los niños más pobres sino, más específicamente, retenerlos y, fundamentalmente, para aumentar sus logros de aprendizaje. De modo tal que el comedor debe ser reconsiderado en todo su potencial educativo. Alimentarse, compartir, conversar: el comedor puede constituirse en un espacio de la escuela en el cual es posible participar de un modo diferente, donde también se construye una relación con el mundo, con el otro y consigo mismo.

Los espacios libres: el encuentro social

Las escuelas deberían considerar sus espacios libres como posibles de ser transformados en lugares de encuentro, de participación, de aprendizaje. Dejar de ser lugares de paso, rincones vacíos, lugares olvidados o en desuso, para convertirlos en espacios sociales diseñados por los propios estudiantes y docentes. Las opciones hechas por cada escuela serán determinadas, en gran parte, por las ventajas y des-

ventajas del sitio específico, y las necesidades e intereses de la comunidad educativa, de alumnos y maestros.

Los pasillos podrán convertirse en lugares para exponer, observar y comentar el trabajo propio y el de los compañeros, de forma individual o grupal. Algunos rincones podrán transformarse en espacios informales donde sentarse, otros podrán convertirse en pequeños jardines, hay escuelas que han cambiado algunos lugares en desuso, como viejos piletones, en grandes maceteros.

Si las escuelas cuentan con rectángulos estériles o vacíos, con superficies abandonadas, poco invitarán a permanecer en ellas, poco estimularán el diálogo, la imaginación, el intercambio. El proyecto de alumnos y docentes de cambiar el ambiente en el que aprenden y viven, gran parte de su tiempo, creando espacios para compartir contribuye a reducir los comportamientos antisociales, como la violencia y el desorden, y aumenta el sentido de pertenencia a la institución en la medida en que los jóvenes aprenden a mejorar su entorno.

Finalmente, transformar los espacios libres guarda como intencionalidad pedagógica nutrir de sentido los espacios "vacíos".

Conclusión

No solo el mundo del mañana depende de la educación de hoy, sino que este mundo necesita de la alegría, el entusiasmo, el descubrimiento, el cuestionamiento, el reconocimiento de lo propio, la incorporación de lo nuevo y el sentido de pertenencia como valores que construyen y disfrutan hoy docentes y alumnos.

El fortalecimiento de los equipos docentes y el desarrollo de comunidades de aprendizaje y de participación entre docentes, alumnos y familias, constituyen dimensiones convergentes entre sí que permiten la construcción de la escuela como un escenario de participación y pretenden provocar un giro en la dinámica institucional que privilegie, también, la comunicación humana y el encuentro solidario.

Las experiencias educativas propuestas inciden desde una doble dimensión en el desarrollo participativo de los estudiantes y los docentes: en primer lugar, la selección de un proyecto compartido supone, a partir de la interpretación de necesidades e inquietudes particulares, discutir puntos de vista, tomar decisiones y seleccionar estrategias. En segundo lugar, la puesta en práctica y desarrollo del proyecto, es decir la gestión en un tiempo y un espacio determinado, demanda delegar actividades, asumir nuevas funciones, buscar recursos, acondicionar espacios, evaluar dificultades y logros y mejorar la experiencia.

Finalmente, las propuestas descritas conforman viejas ideas remozadas que cobran nuevos sentidos en la particular interacción dinámica entre institución y sociedad en el contexto actual, en el cual se convierte en una exigencia de la época construir un clima, una cultura que sostenga como uno de los ejes centrales la condición comunitaria y relacional del ser humano. Por lo tanto, la institución educativa merece ser repensada, por el equipo de profesionales que en ella interviene y considerarla como un importante espacio formativo para la participación, en el que se deben poner en juego varias fuerzas: las palabras, las expecta-

tivas y todas las acciones de manera que operen conjuntamente y construyan una cultura participativa, dialógica, inclusiva, solidaria, respetuosa de la individualidad y atenta a la diversidad de estilos personales.

Los equipos docentes colaborativos, los patios de juego, los comedores de encuentro y los espacios libres sociales son proyectos que intentan recuperar el sentido educativo respecto de la participación, sostienen el impulso por un ideal orientado a dar respuestas a las necesidades de diálogo, colaboración y solidaridad que manifiesta el mundo contemporáneo.

Bibliografía

CAILLODS, F., y POISSON, M. (2004): *Education PRSPs Review of Experiences*. París, IIPE-UNESCO.

CONSEJO EPISCOPAL ARGENTINO (2004): *Educación y proyecto de vida*. Buenos Aires, Consudec.

DAY, CH. (2006): *Pasión por enseñar*. Madrid, Narcea.

DE ANDRACA, A. M. (2003): *Buenas prácticas para mejorar la educación en América Latina*. <www. Preal.cl> [consultado el 30/10/2006].

GIMENO SACRISTÁN, José (1997): *Docencia y cultura escolar*. Buenos Aires, Lugar Editorial.

PULFER, Darío (2006): "Educación y mundo(s) contemporáneo(s)". Buenos Aires, XLIII Curso de Rectores, Consudec.

UNESCO-OREALC. Proyecto EPT-Prelac. <www.unesco.cl> [consultado el 26/9/2006].